



# EL COMANDO GORKI

FERNANDO LALANA

edebé

FERNANDO LALANA

# EL COMANDO GORKI



**edebé**

© Fernando Lalana, 2016

© Edición: EDEBÉ, 2016  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebenet

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora:* Elena Valencia  
*Fotografía de cubierta:* Shutterstock

Primera edición, septiembre 2016

ISBN 978-84-683-2491-3  
Depósito Legal: B. 14586-2016  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

FERNANDO LALANA

# EL COMANDO GORKI



**edebé**



*Para Isabel, la princesa que siempre vuelve al frío.  
Y para David, que la acompaña de la mano.*



## PREVIO: EL INCIDENTE

El incidente conocido como «el Incidente» aconteció el 25 de septiembre de 1923, pocos minutos después del amanecer. Tuvo lugar en un paraje estepario, a unos setenta kilómetros al nordeste de Gorky-Moskovski —la actual Nizhny Novgorod— en la Siberia occidental rusa. El único testigo directo fue un empleado del ferrocarril estatal apellidado Dudenko, que se dirigía en su viejo camión a efectuar una operación de mantenimiento en los desvíos de un remoto puesto de cruce de trenes. Él fue quien dio el aviso. Lo describió como «una enorme estela de color azul profundo que destacaba sobremanera sobre el lienzo blanquecino del cielo siberiano». Con estas palabras exactas. En el fondo, todos los rusos son unos poetas en potencia. La mayoría, incluso, se creen mejores que Pushkin.

El incidente calcinó una superficie de casi veinte hectáreas de suelo improductivo y helado. No teniendo muy claro a quién rendir cuentas del extraño caso, el ferroviario Dudenko dio parte al comisario político de Gorky-Moskovski, Boris Grigoriev, quien, a su vez, en un providencial exceso de celo, decidió dar aviso a Moscú. Y en Moscú, cosa aún más rara, alguien dio a la inverosímil historia procedente de Siberia la importancia que merecía. Y ese alguien no fue otro que el camarada Iosif Stalin, recientemente elegido secretario general del partido bolchevique.



El joven Stalin tuvo una intuición, la intuición de que aquella declaración tan extraña, lejana y atropellada quizá no fuera fruto de la embriaguez permanente de los habitantes de las estepas. Demasiada imaginación. Demasiada precisión como para no resultarle sospechosa.

Sin saber muy bien a qué se estaba enfrentando, consciente del riesgo de acabar sufriendo un terrible ridículo pero, al mismo tiempo, con la certeza de enfrentarse a un asunto de la mayor importancia, Stalin, el hombre de acero, aquel que pocos años más tarde regiría con mano implacable los destinos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en uno de los períodos más decisivos —y más negros— de la historia del mundo, consiguió un avión militar que lo trasladó hasta un aeródromo cercano a Gorky-Moskovski y, antes de media tarde de ese mismo día, se personaba en el lugar de los hechos.

Para entonces, los hombres de la NKVD, la policía política de la recientemente constituida Unión Soviética, ya habían acordonado la zona por completo, garantizando el secreto de lo que allí ocurría.

El empleado del ferrocarril Dudenko y el comisario político Grigoriev desaparecieron de inmediato y nunca más se volvió a saber de ellos.

**DICIEMBRE DE 1942**  
(19 años después del Incidente)



## PRIMERA PARTE: EL COLEGIO GORKI

Dimitri abrió los ojos y, de inmediato, se percató de que algo iba mal. Calculó la hora a partir del leve resplandor del amanecer que se filtraba a través de los ventanales del dormitorio y se preguntó por qué el bedel Kalin no había acudido a despertarlos, como todas las mañanas.

Sin apenas moverse, solo haciendo rodar la cabeza sobre la almohada, echó un vistazo a su alrededor hasta que tropezó con la mirada de Eusebio Salgado, el chico español, también despierto, también inquieto.

«¿Qué ocurre?», preguntó Salgado sin pronunciar palabra, tan solo dibujando la frase con el movimiento de los labios.

Dimitri negó suavemente con la cabeza, admitiendo su ignorancia.

Tal vez el bedel Kalin se había dormido, pensó el ucranio. No había ocurrido nunca, en los tres años que llevaba empleado en el colegio Gorki, pero para todo hay una primera vez.

Dimitri era de los que tomaban decisiones con rapidez. Inspiró profundamente, apartó las mantas y saltó al suelo. Estaba tan frío que tuvo la sensación de pisar la superficie de una pista de patinaje sobre hielo. Y ello, pese a que la calefacción mantenía la temperatura del dormitorio en unos confortables quince grados. Buscó rápidamente sus botas, que estaban frías y duras, como

casi todo en aquel lugar maldito, y se echó por encima un capote antes de dirigirse a la puerta de la sala.

Mientras lo hacía, se sintió observado en silencio y con curiosidad por la mayoría de sus veintidós compañeros.

El pasillo, que comunicaba con el comedor y a cuya mano izquierda se abría la puerta de la pequeña vivienda del bedel Kalin, se hallaba desierto.

Dimitri deslizó una mirada lenta y escrutadora a través de la puerta entreabierta y, de improviso, salió del dormitorio y avanzó por el corredor. Se dijo a sí mismo que no estaba haciendo nada expresamente prohibido, aunque lo cierto es que jamás ninguno de los alumnos del Gorki se había atrevido a cosa semejante. Allí no se tomaban decisiones personales de ningún tipo. En el Gorki, simplemente, se obedecían órdenes. Los alumnos obedecían a los profesores; los profesores, al director Pervuchin. Y el director, al comisario político Antonov. Ante quién respondía Antonov era ya un misterio; algunos aseguraban, sin la menor prueba, que recibía órdenes directas de Stalin.

«Dimitri Alexandrov Afanasiev, te la estás jugando», pensaron varios de sus compañeros.

Allí, en el pasillo, la temperatura era inferior a la del dormitorio. El aliento se convertía en consistentes volutas de vapor.

—¡Señor Kalin! —exclamó Dimitri, en voz alta—. Pavel Kalin, ¿está usted ahí?

La puerta de la vivienda se hallaba entornada y cuando Dimitri la empujó, chirrió siniestramente.

—¿Hola? ¿Señor Kalin?

Aunque su instinto le gritaba que volviese al dormitorio, al no obtener respuesta, el chico tomó la decisión de entrar en el apartamento. Al traspasar el umbral, Dimitri se encontró en un pequeño distribuidor casi redondo, que daba paso al resto de las habitaciones.

Nada más asomarse al cuarto que hacía las veces de alcoba, Dimitri tuvo la certeza de que el *dvornik*<sup>1</sup> Kalin —quizá sería más propio llamarlo vigilante— había desaparecido. La mayoría de los enseres permanecían en su lugar, pero el camastro estaba vacío y con las sábanas revueltas. Todo indicaba que el bedel se había ausentado en plena noche. En el armario, Dimitri vio varias perchas de las que colgaba parte de la ropa habitual de Kalin; y en lo alto del mueble, dos maletas. Eso significaba que, si el hombre se había largado, lo había hecho sin equipaje.

«O tenía mucha prisa o no pensaba ir muy lejos», concluyó Dimitri.

En un rincón del cuarto, sobre una pequeña mesa de madera, se topó con la confirmación de algo que algunos alumnos sospechaban desde hacía tiempo: Kalin tenía un aparato de comunicaciones. Según comprobó el muchacho, no se trataba de una radio propiamente dicha, sino de una especie de transmisor militar de campaña, de los que funcionan mediante el tendido de hilos, hilos cuyo extremo contrario tenía que hallarse en alguna de las dependencias del colegio, naturalmente. O quizá en la residencia de los profesores.

La tenue luz procedente de las lámparas de vacío le indicó a Dimitri que el transmisor se hallaba encendido.

<sup>1</sup> En ruso: portero o conserje.

Localizó enseguida el control del volumen del altavoz y lo fue subiendo hasta alcanzar el máximo; pero todo lo que consiguió fue hacer más presente un sonido de frecuencia muy baja, más cercano al zumbido de un electroimán que a la típica fritura estática de una radio mal sintonizada.

El muchacho tomó el micrófono de mesa, que se apoyaba sobre una base metálica redonda dotada de un pulsador rojo. Al apretarlo, cesó el zumbido. Del altavoz surgió ahora un sonido puntual que Dimitri asoció con el de una gota de agua cayendo en el centro de un charco. Lo escuchó por dos veces y, tras ello, quedó solo el silencio. En medio de ese silencio, Dimitri tuvo la sensación de que alguien estaba escuchándole al otro lado. Acercó los labios al aparato.

—¿Hola...? ¿Hay alguien ahí...? ¿Alguien me oye?  
—preguntó sucesivamente, entre dos largas pausas.

Tras esperar respuesta en vano, soltó el pulsador rojo y redujo el volumen hasta dejarlo en la posición anterior. Luego, continuó con su inspección. Recorrió la cocina y la sala —ambas minúsculas— e incluso entró en el retrete, que olía fuertemente a orines. Apparentemente, todo estaba en su lugar salvo la navaja de afeitar del bedel. Presumía mucho Kalin de su navaja de afeitar y de cómo bastaba dejarla abierta al aire libre en las noches de luna llena para que siempre estuviese perfectamente afilada.

Algunas piezas de vajilla sucia se apilaban en el fregadero. Y presidiendo las paredes del cuarto principal, los omnipresentes retratos de Lenin y Stalin.

## 33 GRADOS BAJO CERO

—**K**alin no está.  
Cuando Dimitri regresó al dormitorio común, sus veintidós compañeros ya lo esperaban en pie, expectantes.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que no está? —preguntó Alexei Szigetvári, el azerbaiyano, que había sido el último en levantarse y se acercaba al grupo colocándose sus gafas ovaladas de fina montura metálica—. ¿Adónde ha ido?

—Eso ya no lo sé. Pero en su vivienda no está. Puede que haya tenido que acudir al colegio. Tiene un transmisor y estaba encendido, aunque no parece haber nadie al otro lado.

Un breve silencio siguió a aquella frase pronunciada por Dimitri tras alzarse de hombros. Fue entonces cuando todos se percataron de que se enfrentaban a una situación inusual.

—Esto es muy raro, ¿no? —comentó Lhuzin Semionov, terminando de vestirse.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eusebio Salgado, que hablaba correctamente el ruso, aunque con un peculiar acento de su tierra.

A pesar de que la pregunta del español había sido lanzada al aire, casi todos miraron a Nikolai. No era el mayor pero, junto a Dimitri, sí era el más resuelto, el que siempre parecía seguro de cuanto hacía y decía; el líder al que incluso los profesores trataban con especial deferencia.



—¿Que qué hacemos? —dijo él, recogiendo el guante lanzado por sus compañeros—. ¿Y por qué hemos de hacer algo diferente del resto de los días? Al parecer, Kalin se ha marchado. Bueno. Habrá enloquecido por el frío o tendrá una razón de cualquier otro tipo; eso no significa que nuestra tarea aquí tenga que cambiar en absoluto. No veo nada diferente a cualquier otra mañana, así que vamos a vestirnos, desayunaremos y, luego, iremos al colegio. Como cada día. Una vez allí, daremos parte de la desaparición de Kalin al director Pervuchin o al jefe de estudios Dudincev. Suponiendo que ellos aún no lo sepan, claro está.

—Pues claro que no lo saben —intervino Dimitri, que había vuelto a sentarse sobre su colchoneta—. Si lo supieran, habrían enviado a alguien en su lugar para tocar diana.

Nikolai afiló su mirada azul en el rostro de su compañero.

—Seguramente tendrás razón, Dimitri Afanasiev. Como siempre —dijo, en tono neutro—. En todo caso, lo comprobaremos enseguida.

Nadie discutió la propuesta. Al menos, en voz alta. Tras las palabras de Nikolai, todos se pusieron en marcha. Como cada mañana, Miguel Razumijin corrió hacia el ventanal del fondo, el más cercano a su camarera, limpió con la mano el vaho helado que se había formado en la cara interna del cristal y consultó luego los instrumentos de la sencilla estación meteorológica situada en el exterior.

—¡Abrigaos bien, chicos! —gritó—. ¡Ahí fuera tenemos treinta y tres grados bajo cero!

—Vaya noticia... —rezongó Antonin Orlov.

—Sí, sí..., pero hoy ha comenzado a soplar viento del este, a casi cuarenta kilómetros por hora. Eso aumenta la sensación de frío.

—Imposible que aumente —murmuró Eusebio, que compartía camareta con Antonin y Miguel, por ser los más jóvenes del internado—. Al menos yo ya no puedo sentir más frío. He llegado a mi límite, os lo aseguro. Me da igual treinta y tres grados bajo cero que sesenta y seis.

—No sabes lo que dices, Sebiotkin —murmuró Antonin, sonriendo, llamando al español por el apodo derivado de su nombre que él mismo le había adjudicado, mientras se quitaba la chaqueta del pijama y, acto seguido, introducía la cabeza por el cuello de la primera de las tres camisetas que pensaba vestir esa mañana—. ¡Claro que se puede tener más frío! Siempre es posible tener más frío. Y más vale que sea así. Cuando dejes de sentir el frío arañándote los huesos... es porque estás a punto de morir.

El español lo miró de soslayo.

—¿Ah, sí? —preguntó, con aparente indiferencia—. ¿Cómo es eso?

—Es lo que cuentan las abuelas. Por eso, quienes mueren congelados parecen sonreír: porque, al llegar el final, uno se siente mejor. Desaparece el frío.

—Entonces, al final, todos acabaremos sonriendo en este maldito sitio, ya lo verás. Este país es...

Eusebio pensaba decir «este país es el infierno» pero, en el último instante, decidió no hacerlo. Por un lado, la metáfora le pareció inadecuada. El infierno le sugería

fuego y eternas llamas. Todo lo contrario que Rusia. Rusia era como una interminable tormenta de nieve. Una tormenta de nieve que, en su caso, se prolongaba ya por espacio de tres años. Por otro lado, alguno de sus compañeros podía molestarse si comparaban su patria con el infierno. Y eso que rusos rusos lo que se dice rusos, había muy pocos: Nikolai, Razumijin, Vladimir Sverof... y algunos más. Pocos. La mayoría había nacido en otras de las repúblicas que conformaban la Unión Soviética. Dimitri, por ejemplo, era ucraniano; Vasili Kliynsiev había nacido en Uzbekistán, como delataban sus rasgos asiáticos. Había también dos lituanos, dos bielorrusos, el azerbaiyano Szigetvári y un tipo procedente de Turkmenistán, Fíodor Katseksuk. Antonin era estonio... Lo único que realmente los unía era que ninguno de ellos se sentía soviético.